

Presentación

Hacer una presentación a un libro-homenaje dedicado al profesor Gaspar Morocho Gayo no es tarea fácil para quienes le conocimos. Y no es fácil por la afluencia de ideas y sentimientos que se agolpan en nuestra mente provocados por el recuerdo de quien fue nuestro maestro y amigo. En mi caso particular, lo de maestro puede sonar un tanto extraño para quienes saben que me dedico a las tareas americanistas. Pero esa es la verdad. Con él aprendí muchas cosas, entre otras, a ver la historia a la que me dedico desde diferente óptica. Por eso, es un honor personal afrontar el preámbulo de esta obra dedicada en homenaje a quien, sin duda, se lo merece tanto como el que más entre los profesores universitarios.

Trataré de reflejar en estas líneas lo que para mí significó este catedrático de Filología Griega y no creo que me exceda en las apreciaciones. Manifiestaré también algunas anécdotas, puesto que a través de ellas podemos ver asimismo lo que era su persona y lo que pudo significar. Igualmente me haré eco de algunos aspectos biográficos, aunque no creo que este sea el lugar idóneo para hacer un relato pormenorizado de la vida del que fue nuestro amigo, compañero y maestro. Con todo, sí creo que sería necesario que, quienes compartimos nuestra vida con él, deberíamos en algún momento abordar dicha biografía, para así poner de manifiesto lo que significó su vida entre los mortales.

Sin duda, a esa biografía podrían contribuir también los estudiosos que colaboran en este volumen o en los otros que se publican en su homenaje. Ellos, probablemente, conocen mejor que yo su trayectoria intelectual dentro de la Filología Clásica y podrían hacer una valoración más precisa en ese sentido. A ellos quiero desde aquí mostrar mi agradecimiento en nombre de todos los miembros de nuestro equipo de investigación, de su familia y en el mío propio, porque al colaborar demuestran su interés por el profesor Gaspar Morocho Gayo, del que también me consta que mantuvo su admiración hacia ellos, aunque a veces sus opiniones no coincidiesen.

Me ha tocado en suerte, pues, hacer esta presentación por un triple motivo. En primer lugar, como dije, fui su discípulo y amigo desde 1985. En segundo lugar, porque con su triste pérdida el día 2 de abril de 2002, debí asumir la dirección de los proyectos de investigación que el dirigía, con lo cual me he convertido en el representante de todos los miembros de dichos proyectos a la hora de tributarle este homenaje y dedicarle estas palabras; y, por último, en mi condición de Director del Secretariado de Publicaciones

de la Universidad de León, porque el Consejo de Publicaciones de esta universidad (del que forman parte los profesores Dr. Eduardo Zorita Tomillo, Dr. Juan Manuel Nieto Nafría, Dr. Francisco Sosa Wagner, Dr. Ángel Alonso Álvarez, Dr. José Miguel Fernández Fernández, quien se ha hecho cargo de la secretaría que ocupaba el aquí homenajado, y Dr. Federico Bernaldo de Quirós, quien le sustituyó en dicho Consejo) aprobó por unanimidad este merecido homenaje, que debía publicarse en el mismo formato que la Colección que él dirigía y que, sin duda, es la más prestigiosa de las que publica esta Universidad de León; y lo será más después de añadir a su elenco los trabajos de los estudiosos del humanismo que colaboran en este volumen. Precisamente, a la salida de una de las reuniones de aquel Consejo, en junio de 2001, sufrió una recaída en su delicada salud y el aviso más grave de lo que tristemente se avecinaba.

Corría el año 1985 cuando tuve mi primer contacto con Gaspar. Yo había llegado recientemente a esta Universidad y él lo había hecho unos años antes (1982). A las pocas semanas apareció en el que fuera mi primer despacho de la Facultad de Filosofía y Letras para hablarme de su proyecto de humanistas, existente todavía tan sólo en su pensamiento. La verdad es que me sorprendió que un profesor del área de Filología Griega me hiciera tal proposición. Yo mostré un aparente interés, pero pensando que aquello no iba a cuajar y que acabaría, como muchos proyectos universitarios, por pasar al olvido. Pero no fue así, como resulta evidente, y las cosas comenzaron a funcionar unos años después, cuando él había ido recopilando materiales, contactando con investigadores, aumentando sus fondos bibliográficos, etc. Y de repente, un buen día, me vi inmerso en un proyecto sobre humanismo, en el que nunca había pensado en serio, como sucedió con otros compañeros. Comenzaron entonces los viajes a El Escorial, a la Biblioteca Nacional, al Archivo de Indias, al Archivo de Simancas, etc. y, sin darme cuenta, debido a la influencia de Gaspar, me vi inmerso en la vorágine de los estudios sobre el Humanismo en su vertiente americanista. A partir de entonces el maestro me hizo sentir familiares nombres que para mí eran desconocidos o de los que simplemente tenía una vaga idea, tales como Cipriano de la Huerga, Cipriano de Valera, Dionisio Vázquez, Gaspar de Grajar, Pedro de Valencia, Antonio Ruiz de Morales, Juan Lorenzo Palmireno, etc.; además de profundizar en el conocimiento de otros que sí me eran más conocidos como Luis de León, Antonio de Nebrija, Luis Vives, Ginés de Sepúlveda, Arias Montano, etc. Al mismo tiempo se convirtieron en mis obras de cabecera algunos estudios actuales sobre el fenómeno humanista como los de Luis Gil, Juan Gil, Bataillon, Maravall, Maestre, Alcina

y, en general, todos los grandes estudiosos del humanismo español, algunos de los cuales han tenido a bien colaborar en este homenaje que aquí presentamos. Casi sin pensarlo, pues, me había visto implicado en la rueda de los estudios del humanismo español en su vertiente americanista, donde el fenómeno era mucho más desconocido.

Luego surgieron los proyectos financiados por la DGICYT y por la Junta de Castilla y León y las cosas fueron casi imparables. El entusiasmo de Gaspar Morocho Gayo nos había contagiado a todos los que colaborábamos con él. Por entonces, yo comencé a trabajar en una suposición que él me planteaba: la autoría de Pedro de Valencia de las *Relaciones Geográficas de Indias*, que respondían al cuestionario de 1604. Afortunadamente, mis investigaciones en el Archivo de Indias de Sevilla acabaron por darnos la razón. La aparición de un documento del autor zafrense ponía de manifiesto que en 1613 había acabado de realizar aquella tarea. Luego vinieron otros autores como Hernando Machado, Juan de Ovando, Alonso Remón, etc. El campo del humanismo español en relación con América se iba abriendo por momentos, mientras otros miembros de los equipos de investigación se centraban en trabajos europeos. La ampliación del horizonte obligaría a incluir estudios de tradición clásica, hasta el siglo XVIII, en uno de los subproyectos.

Con la apertura y ampliación de los objetivos, fue aumentando el número de investigadores y, entonces, Gaspar decidió dividir el equipo en dos: por un lado, quienes trabajaban en el campo filológico y, por otro, quienes mostraban mayor interés por el histórico. El permaneció como coordinador de los dos subproyectos y, a la vez, como director del primero; a mí me tocó hacerme cargo del segundo subproyecto. Pero aquella subdivisión, lo mismo que la tercera que se produjo más tarde, en 1999, no supuso un alejamiento entre los distintos miembros del equipo. Gaspar supo conjugar los intereses y las necesidades de todos y mantenernos unidos y dependientes. Las colaboraciones siguieron dando sus frutos e, incluso, se acrecentaron. Se había cumplido así uno de sus sueños: un proyecto interdisciplinar e interuniversitario. A la hora de escribir este homenaje ya forman parte del equipo investigadores de las universidades de León, Valladolid, Salamanca, Autónoma de Madrid, Sevilla, Huelva y Las Palmas; amén de contar con colaboraciones de otras universidades españolas y extranjeras, y de los siempre queridos amigos de Gaspar y miembros del CSIC, los profesores Emilia Fernández Tejero y Natalio Fernández Marcos, sin olvidar al biblista y orientalista Jesús García Recio.

Aquel crecimiento y desarrollo del equipo investigador fue unido a celebraciones de Jornadas y Congresos en los que siempre se contó con relevantes investigadores del humanismo, a la vez que se trató de estrechar lazos con otros equipos que trabajaban sobre temas semejantes, como los de José María Maestre o Luis Gómez Canseco. En algunos de esos Congresos o Jornadas, se ha contado con colaboraciones de personas que de una forma u otra estaban ligadas a la figura de G. Morocho, como Luis Gil y Juan Gil, Lucio Mijares, Carmen Mena, Francisco Rico... Además, en algunos Congresos, aunque no fueran producto de nuestra actividad, fuimos los miembros de este equipo de investigación, por la influencia de Gaspar, quienes corrimos con una buena parte del peso intelectual de los mismos, como ha ocurrido con las *Jornadas de Humanismo Extremeño*, celebradas en cuatro ocasiones, en las que colaborábamos por la estrecha relación existente entre nuestro maestro y el Marqués de la Encomienda. Extremadura se convertía así en nuestra segunda residencia como equipo y allí mantenemos contactos con muchos de sus estudiosos, hasta el punto de que recientemente el Ayuntamiento de Zafra, la tierra natal de nuestro admirado Pedro de Valencia, rindió un homenaje al profesor Morocho los días 23 al 25 de junio del presente año 2003. Se tendía así un puente entre la tierra en la que se crió y aquella que le acogió en los últimos años de su vida.

En aquel proyecto de investigación, que ha seguido desarrollándose hasta la actualidad, se vio que había necesidad de una revista científica que sirviera como órgano de expresión del grupo de investigadores, al tiempo que diera acogida a trabajos de otros estudiosos del humanismo. La revista SILVA, que así se convino en llamarla por sugerencia de Gaspar, se gestó en vida del mismo, pero, por desgracia, su inspirador no llegó a ver impreso el primer número. Aquella había sido una de sus mayores ilusiones y, por ello, los directores de dicha publicación y miembros del equipo de investigación, Juan Francisco Domínguez Domínguez y Jesús M.^a Nieto Ibáñez, pusieron un especial cuidado tanto en la calidad de sus artículos, como en su edición.

Pero, sin duda, la que él consideró como su gran obra, fue la *Colección de Humanistas Españoles*, que con el presente homenaje cuenta ya con 28 volúmenes. En ella se ha recogido toda o parte de la obra de autores como Cipriano de la Huerga, Pedro de Valencia, Jaime Juan Falcó, Cristóbal Méndez, Antonio Ruiz de Morales, Benito Arias Montano, Juan de Jerez, Diego de Deza, Francisco Terrones del Caño, Gaspar de Grajar, Hernán Cortés, Juan del Ribero Rada y Fernando Alonso de Herrera. A los volúmenes ya publicados vendrán a añadirse en el futuro otras obras y otros autores, sobre los que ya se está trabajando. Como no todos los autores tratados, por cues-

tiones temporales y de contenido, podían entrar en esta Colección, en el año 2000 se inició otra colección nueva titulada *La Tradición Clásica en España e Hispanoamérica*, que se abrió con la publicación de la obra de Gil González Dávila, *Teatro Eclesiástico Indiano* y en la que están a punto de publicarse obras de Luis Tribaldos de Toledo, Alonso Remón o el Cardenal Lorenzana. En fin, todo un sueño hecho realidad, gracias a los desvelos y actitud de nuestro siempre recordado y amado Gaspar.

Como su testamento intelectual nos dejó sus últimas reflexiones sobre el humanismo español en la que fue una de sus últimas aportaciones escritas: la introducción a la obra miscelánea *Humanismo y Tradición Clásica en España y América*, dirigida por el profesor Dr. Jesús M.^a Nieto Ibáñez y publicada en León en el año 2002. Era dicha obra fruto de la *VI Reunión Científica* del equipo, última que hemos celebrado y que él presidió en León y en el monasterio de San Pedro de las Dueñas, en las proximidades de Sahagún. En aquel trabajo trataba de probar la falacia que constituye la identificación del Humanismo cristiano con el Humanismo español, como forma de negar la existencia de éste. Así, nuestro autor nos aclara, que para todos los humanistas la Biblia era la pirámide del saber humano, incluso fuera de España, y por ello cita los nombres de Erasmo, Moro, Ficino, Pico de la Mirándola, etc.

La dedicación de G. Morocho al humanismo ocupó el centro de sus investigaciones en los últimos años de su vida, mas no le hicieron olvidar la Filología Griega, en la que seguía trabajando. Producto de una y otra vía de investigación fueron cinco libros, más de 50 artículos y 40 contribuciones a Congresos. Pero estas cifras no deben inducirnos a engaño. En muchos de los libros de la *Colección de Humanistas Españoles* habría que haberle incluido a él en la autoría, pues siempre estuvo detrás de cada uno de ellos, aportando materiales, visiones..., es decir, colaborando en la edición y en los estudios como un autor más, aunque luego no quisiera ser incluido como tal. Es más, y puesto que lo viví personalmente, cuando le forcé en una ocasión a firmar un artículo conmigo para el *Boletín del Archivo Nacional de Quito*, puesto que había sido obra de ambos, acabó aceptando con la condición de ir en segundo lugar, pues me decía: «Debes hacer méritos para tu cátedra».

En el equipo de investigadores que él formó, una de las cosas que con más ahínco defendió fue la interdisciplinariedad. Nos reunimos así gentes muy diversas en nuestros intereses científicos, pero que, a través de él, supimos aprender los unos de los otros y coordinar nuestros esfuerzos: especialistas en filología clásica, semítica o hispánica, historiadores, geógrafos, biólogos, juristas, pertenecientes a diferentes ámbitos universitarios, nos

propusimos una tarea común: rescatar a nuestros autores humanistas y a otros situados en el ámbito de la tradición clásica.

Gaspar Morocho no sólo era un investigador, sino también un magnífico docente. Siempre dejó una huella imborrable en sus alumnos. Todos le recuerdan por su sabiduría y por la forma agradable de transmitir los conocimientos. Sus clases eran verdaderos ejemplos de docencia, fuesen éstas de mitología o de la más pura filología griega. Hacía vivir a sus alumnos con intensidad los conocimientos que transmitía y a la vez era receptivo a todas las sugerencias. En este sentido compartí con él un curso de doctorado en Brasil, que dirigía su siempre querido amigo y catedrático de Historia Antigua, Manuel Abilio Rabanal, una de las personas que más ha sentido su pérdida. Los alumnos no dudaban en manifestarme que Gaspar era su mejor profesor y que si no lo elegían para hacer su tesis doctoral era porque los conocimientos que ellos tenían sobre Grecia eran mínimos, a veces sólo lo que él les había explicado. Una alumna de aquellos cursos vino a decirme que, cuando le oía hablar en clase, se olvidaba de todo lo demás y que le parecía que con él se internaba en la Grecia clásica y en el Renacimiento. El interés que despertaba su docencia, probablemente, tenía mucho que ver con su papel «de quien enseña la justicia, censura todas las impiedades, aconseja lo honesto», parafraseando a su siempre admirado Benito Arias Montano.

Gaspar era, pues, un modelo de universitario, en el sentido más amplio de la palabra. Lo mejor de lo que significa la Universidad estaba representado en él, la idea de universalidad del saber. Quienes fueron sus alumnos le recordarán siempre, lo mismo que quienes investigamos junto a él.

En lo personal Gaspar era un hombre lleno de bondad y recordaba al personaje de la canción peruana, pues parecía «ser un señor de aquellos que fueron mis abuelos». Mantenía viejas tradiciones que ya caído en desuso o que pueden parecer un tanto extrañas en nuestro mundo: a los niños solía darles una propina, invitaba a comer a cualquiera como forma de cortesía, siempre tenía una frase agradable y educada para todos, se adaptaba a cualquier conversación, etc. Había en él lo que se suele llamar un señor.

Como fueron muchas horas las que pasamos juntos, conocía sus virtudes y sus defectos. Fueron muchas horas casi a diario en que discutíamos aspectos de los proyectos, visiones de los hechos, revisábamos documentos, cuentas, etc. Pero, además, hablábamos de las cosas de nuestra vida diaria. Curiosamente, él recurría con frecuencia a símiles de la vida y la obra de sus humanistas o de los autores clásicos griegos. Por tanto, he de decir, que aquella prolongada convivencia me acercó también a algo que para mí es-

taba ya lejano en el tiempo cuando le conocí y en lo que nunca pensé que pondría un interés tan primordial: la Cultura Clásica. Aprendí a leer la obra de Tucídides, de Polibio, de Dión de Prusa, de san Basilio, de Cicerón, etc. Los clásicos griegos y latinos, junto con los humanistas y la Biblia, se convirtieron también en inseparables de muchos de mis estudios y en referentes a la hora de abordar algunas de mis investigaciones. Pero aquello no era válido solo para mí, sino también para todos los que se acercaban a él.

Junto a todo lo anteriormente dicho, estaba su experiencia de la vida trashumante durante su infancia y adolescencia. Había aprendido a leer en el cielo muchas respuestas de los fenómenos atmosféricos; me explicaba como debían ser las nubes para que produjeran lluvias, nieve, etc., que fenómenos debían darse en un determinado momento para saber el tiempo que disfrutaríamos con posterioridad..., en fin, toda una sabiduría adquirida con la experiencia y la convivencia con la naturaleza, que se unía a la adquirida y ampliada primero en el Seminario Diocesano de Coria y luego en las aulas universitarias salmantinas.

A pesar de ser un magnífico conversador, era también un gran admirador del silencio y me citaba a algún autor que lo consideraba como la forma suprema del saber. Sin duda, ello despertaba en él el placer por los recintos monacales. Nuestras reuniones científicas y congresos se realizaron en varias ocasiones en el monasterio de monjas cistercienses de San Pedro de las Dueñas, en las proximidades de Sahagún, o en el también monasterio cisterciense de Cóbrecos (Cantabria), donde tenía a uno de sus grandes amigos y colaboradores, el P. Francisco Rafael de Pascual.

Pero de Gaspar Morocho hay algo mucho más interesante, aunque no lo podamos desligar de su aspecto intelectual: su persona. Y si esta presentación nuestra se ha convertido en una *laudatio*, sin duda, es porque se lo merecía. No hay que escudriñar nada ni forzar la imaginación para hacerlo y, sin duda, se merecía algunas de las mejores alabanzas de aquellas a las que fueron tan proclives algunos humanistas.

Había nacido en Pascualcobo (Ávila), en 1941. Su madre moría poco después de su nacimiento, pero Gaspar siempre se refería a ella con un gran cariño, como también lo hacía con respecto a la segunda esposa de su padre y a sus hermanas. A pesar de su nacimiento abulense, su infancia y su juventud pasaron en Extremadura, en parte dedicado a la trashumancia que practicaba su padre y en parte en el seminario de Coria, del que siempre guardó un gran recuerdo, así como de sus compañeros en aquellas aulas. Después fueron sus estudios universitarios en Salamanca, donde se licenció en Filología Clásica en 1972. En aquella misma universidad se doctoró bajo

la dirección del Dr. Javier de Hoz Bravo, al que siempre mencionaba con cariño, hasta el punto de convertirle, como a otros profesores salmantinos, en personas cercanas para quienes ni siquiera les conocíamos. Salamanca fue siempre su *alma mater* y el lugar en el que había formado su familia. No es de extrañar, por tanto, que la ciudad del Tormes fuese siempre un referente en su vida.

Las aulas universitarias, sin embargo, no acabaron con el alma del pastor trashumante y continuamente hacía referencias a aquella vida dura pero enriquecedora que se prolongaba entre Extremadura y las montañas de León. ¡Quién le iba a decir que donde el cuidó los rebaños iba a ser el primer catedrático de Filología Griega y donde iba a reposar su cuerpo para la eternidad! Hablaba con frecuencia de sus perros careas y mastines, de sus aventuras de adolescente, de las gentes que había conocido y aún recordaba con cariño, de las costumbres de los diferentes lugares por los que había pasado con los rebaños de los que su padre era capataz. No era la vida bucólica de los pastores del Renacimiento, pero era su vida en los mejores años.

Después de su licenciatura había sido becario, ayudante y adjunto interino en las aulas salmantinas (1972-1979). De allí, en una nueva trashumancia, pasó a la Universidad de Murcia como adjunto numerario (1979-1982); y de aquella universidad también conservaba unos magníficos recuerdos, especialmente de sus compañeros de Departamento, con los que siguió manteniendo contactos en la distancia. Por fin, en 1982, pasó a la Universidad de León, que se convirtió en su destino definitivo y donde le sorprendió la parca como catedrático. Eran muchos quienes le apreciaban en esta Universidad, y no era extraño ver en su despacho a profesores de otras especialidades, como el que fue su gran amigo, el profesor Dr. Miguel Cordero del Campillo, catedrático de Parasitología y otrora rector de esta universidad. Otros dos rectores de esta Universidad también mantuvieron una gran amistad personal con él, el actual, Dr. Ángel Penas Merino, y el que le acompañó durante muchas noches en sus últimos días de hospital, el Dr. Juan Manuel Nieto Nafría, con el que también compartió la pertenencia al Consejo de Publicaciones de la Universidad de León.

Afable de carácter y optimista, siempre sabía ver el lado bueno de las cosas. Era amigo de sus amigos y nunca enemigo de sus enemigos, porque nunca saciaba su inquina en ellos, todo lo más recurría a ignorar la enemistad. No solía recurrir a la censura de nadie e, incluso, de algunos de ellos le oí en ocasiones elogios de su labor intelectual. Por los amigos lo soportó todo e, incluso los defendió ante terceros en ocasiones, cuando sabía que no le acompañaba la razón. En él siempre hubo un cierto afán protector por

quienes le rodeaban, lo que no quería decir que fuese ciego ante determinados hechos de quienes nos movíamos en su entorno, pues su perspicacia estaba fuera de toda duda. Eso le llevó a luchar, siempre que pudo y aún cuando no pudo, por quienes creía que eran merecedores de algo. Por todo ello, siempre alababa los éxitos de los demás y no se privaba en hacer elogios ni en público ni en privado. Es decir, no era partícipe de esa costumbre, frecuente en nuestro ámbito, de denostar los triunfos de otros.

Entre sus virtudes también debemos destacar que siempre fue proclive a preocuparse de los asuntos personales de los demás, incluso en lo económico, especialmente de quienes le rodeábamos. Su gente era para él una cuestión personal, como nos lo recordaba con frecuencia el deseo que tenía de recuperar a su antiguo becario Alberto Nodar, discípulo que ha gozado de reconocimiento en las Universidades de Oxford, Heidelberg y Lovaina.

Trabajar con él era relativamente fácil, puesto que sabía escuchar todas las opiniones y las discutía. Nunca imponía aquello que otros le demostraban que podía ser de otra forma.

Hubo una característica de su vida que no quiero pasar por alto, puesto que es la que mejor le definió en todos los sentidos: la generosidad. No es fácil en un intelectual gozar de esta virtud, al menos en lo que se refiere a su trabajo. Y él era generoso en el sentido más amplio de la palabra: de lo económico a lo intelectual no era dueño de nada que no pudiesen disfrutar los que le rodeaban. Compartir se había convertido en una de las máximas de su vida y lo hizo hasta la exageración, aún a pesar de tener una esposa y una hija que, por otro lado, supieron comprender muy bien los valores de aquel hombre y no le pusieron cortapisas en lo podía ser un egoísmo natural por su parte.

Su generosidad lo abarcaba todo. Si se encontraba un documento, por interesante que fuese, lo comunicaba a quien fuera conveniente; pasaba largas horas tratando de localizar referencias o reminiscencias de autores clásicos o de la Biblia para quienes lo necesitábamos, facilitaba sus libros personales, viajaba para facilitar el trabajo a otros... Su tiempo, su inteligencia y su dinero eran de quien los necesitase, aun a costa de sus propios intereses. Y todo ello, afortunadamente, dio sus frutos: grandes e incondicionales amigos y un equipo de investigación que siempre le recordará como su hacedor. Uno de sus últimos ejemplos de generosidad lo ejerció con un becario del proyecto que llegó de tierras sevillanas, Sergio Fernández López. No se conocían previamente y para entonces la salud de Gaspar se hallaba ya muy minada, aún así puso todo su interés en él y, curiosamente, se había encontrado con otra alma generosa que, a pesar de ser el último en sumarse

al grupo, se volcó en el maestro en los últimos meses de su vida y sintió como ninguno su pérdida.

¿Y sus enemigos? Claro que los tuvo, incluso algunos que quisieron socavar su querido proyecto de una forma o de otra. Muchas de aquellas animadversiones eran el producto de quienes quieren emular a quien no pueden por razones muy diferentes. Un alma como la de Gaspar no se encuentra cada día en el camino ni es tan fácil de imitar, porque exige renunciaciones que no todos estamos dispuestos a aceptar. Él era el hombre que uno se encuentra tan solo una vez en la vida.

La realización más importante de su existencia, sin duda, es que logró dejar plantada una semilla que germinó y dio sus frutos. Ahora solo nos queda seguir cuidando su campo para que éste siga siendo productivo y no hacerlo sería una traición al legado Gaspar, que la historia del humanismo español e hispanoamericano nos reclamaría.

Visto todo cuanto hasta aquí hemos dicho, podría quedar en el lector de estas páginas la imagen de una vida casi bucólica, que nos recuerda a los pastores de Virgilio: pero hubo también problemas, que tamizados por su persona se superaban con cierta facilidad. No podemos pensar que no cabían las discusiones con los miembros de su equipo, pues la hubo, a veces muy duras y yo protagonicé una de ellas. Creo que fue una de las más viscerales que tuve en mi vida y fue precisamente a causa de su bondad, que yo interpreté en aquellos momentos como un signo de condescendencia ante cosas para mí impensables. Fue en su despacho y después de ella me aparté de su presencia. A los pocos días acudí a mi despacho para tomar un café y aún recuerdo que me dijo: «¿Te merece la pena seguir enfadado?, porque yo nunca lo he estado». Tuve que rendirme ante la evidencia del representante de aquel hombre tan manido de Antonio Machado, que era «en el buen sentido de la palabra, bueno».

Sólo en dos cosas le vi intransigente y realmente dolido en lo más profundo. Una, cuando en los nuevos planes de estudio, producto de la Ley de Reforma Universitaria, la Universidad de León relegó la Filología Griega a un tercer plano; desde entonces se negó a asistir a las Juntas de Facultad. La otra, cuando oyó a un viejo amigo suyo renegar de su fe para conseguir unos votos en unas elecciones; respetuoso con las creencias de todos, no entraba en sus esquemas que alguien subordinara su fe a los asuntos de poder.

Hemos recibido de él una gran herencia, que nos ha enriquecido, pero lloraremos su pérdida el resto de nuestros días. Aquella fisonomía de hombre descuidado en su aspecto, pero muy cuidado en su alma estará siempre con nosotros. Nos ha dejado una huella que nunca podremos borrar en

nuestra existencia y, parte de lo que somos, a él se lo debemos. Por ello, y como hombre creyente que era, lector incansable de la Biblia, permítaseme recordar en su honor, para concluir la presentación de este homenaje, aquel Salmo 23 (Vg. 22), que dice:

Es Yavé mi pastor, nada me falta.
Me hace recostar en verdes pastos y me lleva a frescas aguas.
Recrea mi alma, me guía por la rectas sendas por amor de su nombre.
Aunque haya de pasar por un valle tenebroso, no temo mal alguno, porque tú estás conmigo. Tu clava y tu cayado son mis consuelos.
Tú dispones ante mí una mesa enfrente de mis enemigos. Derramas el óleo sobre mi cabeza, y mi cáliz rebosa.
Sólo bondad y benevolencia me acompañan todos los días de mi vida; y moraré en la casa de Yavé por dilatados días.

En nombre de todo tu equipo de investigación, tu amigo siempre.

JESÚS PANIAGUA PÉREZ